

COMBATE

—DE—

SAN  LORENZO.

1863.



CAPITULO ALFONSO

---

---

COMBATE DE SAN LORENZO.

MAYO 8 DE 1863.

---

A principios del mes de Mayo de 1863, el llamado "Cuerpo de Ejército del Centro," que mandaba el C. General Ignacio Comonfort, se hallaba acantonado en el valle de Texmelucan, en ademán de defender los caminos que conducen de Puebla á México, y observando también al ejército francés que sitiaba á Puebla.

La fuerza total de las tropas que entonces componían el Cuerpo de Ejército ascendía á lo más á unos ocho mil hombres, de gente colecticia y levantada la mayor parte en la ocasión. Componíase el personal de los Jefes y Oficiales de elementos heterogéneos, trabajado por opuestos intereses y opiniones. Sin tener confianza en la suficiencia del General, ni en varios de los Jefes superiores, el entusiasmo era ficticio y la moral débil.

Diferentes causas habían contribuido para producir consecuencias tan fatales en la organización del "Cuerpo de Ejército;" pero su investigación nos conduciría, sin remedio, al laberinto de la política y de las intrigas

de Palacio, circunstancias que harían este trabajo muy laborioso, distrayéndonos del objeto que nos hemos propuesto, que es pura y simplemente la relación del combate que tan funestos resultados ha dado para la causa nacional.

Ocupaban las tropas una extensa línea, cuya izquierda se apoyaba en la hacienda de San Bartolo, y la derecha en el pueblo de Huejotzingo, con grandes guardias de caballería que cubrían su frente, situadas en Ocotlán, Ríoprieto, y Cháhuac, sin contar los muchos puestos avanzados y piquetes que se hallaban á la vista y casi á tiro de fusil del enemigo.

El General O' Horan, con la caballería de su mando, que logró sacar de Puebla, ocupaba el lado de Tlaxcala, y las tropas de Carbajal, Quesada y Aureliano Rivera, se extendían por las márgenes del río Atoyac, y con frecuencia ocupaban el cerro de la Cruz, donde se tiroteaban con los franceses ó con los traidores.

No nos ocuparemos de lo que hizo, ó más bien de lo que dejó de hacer el "Cuerpo de Ejército del Centro" en los tres meses que permaneció en las inmediaciones de Puebla. Solamente comenzaremos nuestra relación desde el primero de Mayo, día en que el Presidente de la República C. Benito Juárez, acompañado del Ministro de la guerra C. Miguel Blanco, se presentó en el Cuartel General y ordenó las operaciones que comenzaron á desarrollarse inmediatamente.

El día tres comenzó á operarse un movimiento de flanco por la izquierda de la línea, que duró todo aquel día y los dos siguientes, dando por resultado que la columna de viaje describiera una gran curva para ocupar el pueblecito de San Lorenzo, operación que se hubiera verificado en algunas horas, siguiendo el camino directo que va á Puebla, y haciendo la marcha de noche si se quería ocultar.

El enemigo, además de tener buenos espías, podía distinguir el polvo que alzaban nuestras columnas, desde su Cuartel General, situado en el cerro de San Juan. Tu-

vo, pues, tiempo de sobra para conocer nuestras intenciones y oponerse á ellas.

Se trataba, nada menos, que de forzar la línea de circumbalación del ejército francés, que se apoyaba en buenos obstáculos naturales y en algunas obras de defensa, con objeto de introducir á Puebla un convoy de víveres y municiones, trasportado á lomo de mulas y en grandes carrros del comercio, de los que cargan trescientas arrobas, que deberían pasar por un terreno quebrado y en el que se habían construido para el caso algunos puentes provisionales que el enemigo había tenido buen cuidado de destruir.

En el caso remoto é improbable de que el convoy hubiera penetrado en la ciudad sitiada, la resistencia se podría haber prolongado algunos días más.

Para alcanzar tan dudosos y exiguos resultados, se exponía al Cuerpo de Ejército á una derrota segura, cuando apenas quedaba alguna fuerza para la defensa de la Capital.

Al mismo tiempo se prevenía que la guarnición de Puebla no evacuara la ciudad, como lo pretendía González Ortega, privando así á la Nación de algunos miles de hombres, que se habrían podido salvar con su armamento y alguna artillería, con cuyos elementos, unidos al "Cuerpo de Ejército," México habría presentado un aspecto importante, y los franceses se hubiesen visto obligados á permanecer en Puebla en espera de nuevos refuerzos, y en expectativa de que pasara la estación de las aguas, que ya comenzaba.

México, entre tanto, proseguiría su armamento, y llegado el invierno, presentaría un aspecto respetable; ¡pero el destino lo ordenó de otro modo!

El día tres pernoctó el cuerpo de Ejército en Nativitas, á cuyo pueblo llegó tarde, porque siguiendo un camino de travesía que no se tuvo cuidado de componer, la artillería y los carros encontraban obstáculos que costaba tiempo y trabajo allanar.

El día cuatro se hizo la jornada á Santa Inés Zacatel-

co y se trabajó bastante en sacar los carruajes de algunos tramos pantanosos, que no se cegaron previamente.

El día cinco se avanzó rumbo á Puebla por el camino de Tlaxcala, y se ocupó el pueblito de San Lorenzo, que está situado en una especie de frontón, en la orilla derecha del río Atoyac, con la primera división: dos mil y pico de hombres al mando del General D. Miguel María Echegaray.

El centro de la línea, al lado izquierdo del río, lo formó la segunda división: menos de dos mil hombres, á las órdenes del General D. Angel Frías. Por último, la izquierda la formó la tercera división: dos mil hombres próximamente, al mando del General D. Plácido Vega, que ocupó un cerro que proporcionaba una buena defensa.

Mientras tanto, el General O' Horan, con la caballería, trataba de penetrar por la extrema izquierda, hasta el pueblo San Pablo del Monte, lugar desde donde debía ponerse en comunicación con los de Puebla para introducir el convoy; mas como el enemigo estaba apercebido, el General encontró los puentes destruidos, y á los franceses ocupando una buena posición con infantería y caballería, en el paso de Barranca Honda, que defendieron á todo trance.

Sin embargo, O' Horan cumplió con las órdenes que tenía, y trató de forzar el paso, aun cuando la caballería no fuese una arma muy á propósito para semejante operación. Esto dió por resultado un combate sangriento en que solamente los escuadrones de Durango tuvieron más de setenta hombres de baja. Rechazado este ataque en la tarde, el General O' Horan se replegó detrás de las líneas, las cuales permanecieron en sus posiciones tranquilamente.

Nos resta sólo, para cerrar los acontecimientos de este día, mencionar dos hechos. El primero fué la llegada del C. General D. Juan José de la Garza, con cerca de mil hombres del Estado de Tamaulipas, cuya fuerza formó la cuarta división del Cuerpo de Ejército, y tomó posición en las alturas de Ocotlán, célebres ya por la bata-

lla que tuvo allí lugar el 8 de Marzo de 1856. Situada así la cuarta división, tomaba de flanco al enemigo que atacase á San Lorenzo.

El segundo hecho fué la determinación del General Cuartel Maestre C. José María Yáñez, de trasladar el parque general del ejército, del lugar donde se hallaba, que era detrás de la casa llamada de los Envenenados, (1) donde quedaba á retaguardia del centro de la línea, cubierto por una arboleda y protegido por acequias, al campamento de la segunda división, donde también aparcaba el convoy que debería entrar á Puebla, B. De esta suerte el parque pasaba á la primera línea, expuesto á la vista y al fuego del enemigo.

Por reclamación del Comandante General de artillería C. General Francisco Zérega, á quien dió parte de lo ocurrido el Mayor General del arma, el C. General en Jefe dispuso que el parque volviese al campo que antes ocupaba, lo que se verificó al anoecer.

Para comprender todo lo que llevamos expuesto, consúltese el croquis número 1.

El día seis de Mayo dispuso el General en Jefe hacer un reconocimiento sobre el cerro de la Cruz, y al efecto se pusieron las divisiones en movimiento.

El General Garza, que apoyaba la derecha de la línea, avanzó desde Ocotlán hasta las lomas de la Uranga, tomando de enfilada el cerro de la Cruz, y observando á Chólula que ocupaba el enemigo. Echegaray destacó dos batallones que desalojaron á una fuerza que defendía el paso del río, y colocó una batería de cuatro cañones rayados que jugaron con buen éxito sobre la posición enemiga.

La segunda división avanzó un poco por la llanura, acercándose á la Barranca Honda que la atraviesa.

La tercera división, maniobrando por la izquierda, se acercó á la falda del cerro de la Cruz.

(1) Véase el croquis número 1 letra A.

Aureliano Rivera atacó por el centro de la posición enemiga; pero tuvo que retirarse, después de haber recibido un golpe contuso en la cabeza.

El Coronel Quiroga, que sostenía este ataque, se hallaba formado al pie del cerro con los rifleros de Nucvo León.

Es de creerse que si el General en Jefe, en vez de hacer esta diversión, se hubiera decidido á atacar formalmente el cerro, haciendo jugar sobre él todas nuestras baterías, hubiera podido ocuparlo, porque estaba débilmente guarnecido. El día anterior el éxito hubiera sido seguro, si en vez de detenerse en San Lorenzo hubiese marchado directamente al cerro de la Cruz, que estaba ocupado solamente por una fuerza de observación.

El enemigo, que conoció el peligro cuando vió desplegarse todas nuestras fuerzas, reforzó el punto convenientemente; y en la tarde, con nuevas tropas, situó una batería de piezas rayadas de largo alcance y comenzó á hacer un fuego vivo y certero sobre nuestras líneas, sin duda con el objeto de probar la solidez de nuestros soldados.

Las líneas se mantuvieron firmes, sin titubear, á pesar de que los proyectiles estallaban continuamente entre ellas.

A la caída de la tarde, las tropas se retiraron á las mismas posiciones que ocupaban en la mañana, con muy pocas pérdidas.

Este día la tropa se manejó muy bien, y creo indudable que un ataque formal, aun cuando hubiera sido rechazado, habría causado grandes pérdidas al enemigo, objeto de importancia en una guerra defensiva, porque nuestros fuegos podían concentrarse de un modo formidable sobre la posición de la Cruz.

Es fácil comprender, mirando el croquis 2º y examinando las posiciones que ocupaban las cuatro divisiones, la superioridad de nuestros fuegos sobre los del enemigo, que no podía extender su línea, y cuya espalda podía batir el General Garza con su artillería; mas

todo se redujo á una escaramuza de avanzadas y un cañoneo en que no jugaron por nuestra parte más que las cuatro piezas rayadas de la división Echeagaray.

El enemigo comprendió, sin embargo, que nuestra permanencia en aquel campo era peligrosa para él, porque alentaba á los defensores de Puebla que veían nuestros fuegos desde el fuerte de Guadalupe; porque nuestros soldados se acostumbraban á ver día á día á los franceses y se medían con ellos en frecuentes escaramuzas; y en fin, porque fortificándonos y recibiendo continuos refuerzos, podría suceder muy bien que no fuera cosa fácil lanzarnos de allí algunos días más tarde, viniendo á ser la crisis de Puebla de éxito dudoso.

Tengo, pues, entendido que todo el tiempo que permaneció en San Lorenzo y sus inmediaciones el Cuerpo de Ejército del Centro duró la crisis más terrible porque pasó el ejército francés delante de Puebla.

Si nuestros soldados hubieran sido dirigidos por un General hábil, muchos daños hubieran sufrido los sitiadores.

Resolvió, pues, el General Forey atacar nuestro campo, cosa que no debió parecerle muy sencilla, si atendemos á las circunstancias en que lo verificó, las cuales hacen sospechar que entre nosotros había traidores que ayudaron al viejo General á combinar un plan de ataque.

Durante la noche, la primera división continuó trabajando en una trinchera con algunos salientes en relieve para la artillería. Este trabajo se había comenzado la víspera, y tenía por objeto rodear con él el pueblecito de San Lorenzo.

El enemigo, por su parte, abrió también una línea de trinchera con redientes en la falda del cerro de la Cruz, cuyo trabajo casi había terminado al amanecer.

A pesar de lo que había ordenado la víspera el General en Jefe, el Cuartel Maestre insistió en que el parque cambiase de campo; y si bien no lo hizo situar donde aparcaba el convoy, sí lo avanzó hasta la orilla del río,

cerca del vado que va á San Lorenzo, en un ribazo rodeado de peñascos con difíciles salidas. (1)

El día siete se pasó en expectativa, arreglando probablemente en ambos campos, el ataque del día inmediato.

Las obras de defensa siguieron por nuestra parte con mucha flojedad, á pesar de que en los espíritus había cierto presentimiento de que el siguiente día ocurriría algo extraordinario.

Algunas órdenes emanadas de la oficina del Cuartel Maestre dieron lugar á murmuraciones y á un disgusto profundo.

El General Garza, que seguía ocupando Ocotlán, había sido reforzado con una brigada que llegó de San Luis Potosí á las órdenes del General Escandón; de suerte que contaba con cerca de dos mil hombres y una batería. Estas fuerzas, situadas en Ocotlán, cubrían perfectamente la derecha de San Lorenzo, cuya posición no era posible atacar sin exponer el flanco izquierdo y aun la espalda del que lo hiciera.

No sé con que motivo se ordenó á esta división que abandonara á Ocotlán y se replegara á los pueblecitos Ríoprieto y Xoxtla, cerca de una legua distantes de San Lorenzo.

Así retirada esta división, no podía prestar un apoyo inmediato y eficaz á la primera, que con sus dos mil y picó de hombres, y sus ocho cañones, quedaba hasta cierto punto aislada, con su flanco derecho descubierto, y separada de las otras divisiones por el río Atoyac, que solamente ofrece en aquel punto un vado muy molesto, por la rapidez de la corriente, la profundidad, y los peñascos que lo obstruyen.

Es evidente que en el caso de recibir un ataque brusco la primera división, no podía ser auxiliada. La cuarta necesitaba cerca de dos horas para armarse, formar y vencer la distancia que la separaba de ella. La segunda no podía abandonar el centro de la línea que formaba cubriendo la llanura; y en caso de verificarlo, tenía

(1) Vease la lámina 1.ª letra C.

que atravesar el vado, pasando sus soldados, uno á uno, con el fusil y la cartuchera en alto; formar en la orilla opuesta las compañías, según fueran llegando, y subir por un barranco á San Lorenzo para dejar lugar á otra, porque el sitio era muy estrecho.

Puede verse por lo expuesto, que el socorro que podía prestar la segunda división no sería de mucha importancia.

La tercera división, formada con las brigadas de Oaxaca y Sinaloa, se componía indudablemente de las mejores tropas, y su jefe, el General Vega, gozaba de gran reputación de valor entre sus soldados.

Esta división recibió igualmente orden de retirarse de la línea, y fué á pernoctar al pueblito de Santo Toribio, cerca de una legua á retaguardia. Como se ve, no podría entrar en línea si fuese necesario, antes de dos horas, y menos auxiliar á la primera. Al General O' Horan se le ordenó retirarse á Santa Inés Zacatelco, cosa de dos leguas, con la brigada de caballería que mandaba, *con el pretexto de que se hallaba muy fatigada.*

Quedaban solamente en línea las divisiones primera y segunda, separadas por un río sin puente, sin poderse prestar un auxilio rápido y eficaz.

Quiroga con sus rifleros, quedó situado á la derecha y á retaguardia de San Lorenzo, en el llano que se extiende entre este pueblo y Ocotlán.

La primera división se componía de tropas de regular calidad, aunque visofias.

La segunda se formaba de reclutas mal organizados. Era sin duda la peor del Cuerpo de Ejército.

A pesar de haber en el campo un convoy de víveres, la escasez de ellos se hacía sentir cruelmente. A la tropa se le racionaba; pero no á los Jefes y Oficiales, muchos de los cuales pasaban días sin tomar alimento, porque no era posible conseguir nada en una comarca que la guerra había assolado por mucho tiempo.

Esta ocasión la aprovecho, para reprochar á los Generales que nunca se ocupan de las necesidades de los Oficiales, que al atravesar países desiertos y miserables,

no pueden proporcionarse recursos, ni pueden llevarlos, por carecer de bagajes, y muchas veces también de dinero.

Los hombres agoviados por la necesidad, se separan de sus filas en busca de alimentos, abandonando la vigilancia de las tropas, y muchas veces se ocasionan riñas terribles por disputarse unas miserables tortillas. Yo creo de conveniencia y de justicia que siempre que á las tropas se les asignen raciones, deberán darse también á los Jefes y Oficiales. Así ganará el servicio, sin gravarse el Erario, que nunca cubre íntegros los haberes del Ejército.

Terminado este paréntesis, continúo mi relación.

Cuando en la noche del día siete fué el Mayor General de artillería á tomar la orden del Cuartel Maestre, se le previno de palabra, que al siguiente día no se atajaran las mulas ni se engancharan las baterías de las divisiones ni los carros del parque general, *á causa de estarse maltratando el ganado de tiro.*

El mismo Mayor General supo después que los trenes del convoy habían recibido la misma orden.

Alarmado ya con las extrañas disposiciones del día, y mucho más con esta última orden, llamó la atención del C. General Francisco Zérega, quien se sirvió disponer que las baterías y el parque guarnecieran y engancharan antes de amanecer, cuya orden se comunicó al momento.

La noche se pasó en la mayor calma.

En San Lorenzo el señor Cura, según se dijo, improvisó *un bailecito*, al que concurrieron la mayor parte de los Oficiales, que bailaron hasta la madrugada, á cuya hora fueron á dormir, mientras el enemigo trabajaba para destruirlos.

Los franceses, en número de cinco á seis mil hombres, según Forey, pasaron el Puente de México después de media noche, y subiendo por la margen derecha del río Atoyac, se situaron en las lomas de la Uranga, á menos de tiro de cañón, de San Lorenzo, donde se formaron en batalla, después de haber sorprendido y tomado

prisionera una avanzada de caballería, á cuyo *¿Quién vive?* respondieron los traidores que guiaban á los franceses: *¡Libertad!* Después permanecieron en el mayor silencio, ordenando su ataque.

Cuando al primer destello de luz que apareció en Oriente, los trompetas de la división Echegaray comenzaron á tocar la diana, las baterías francesas rompieron un vivísimo fuego de granadas, que estallaban sin cesar sobre San Lorenzo, ó pasaban al campo de la segunda división, donde aparcaba el convoy, y también el parque.

La mayor parte de los Oficiales, que se hallaban desvelados, se levantaron precipitadamente, y corrieron á sus batallones, los que á pesar de los esfuerzos del General Echegaray no podían ordenarse bajo la lluvia de proyectiles que sufrían.

El enemigo, que contaba con el efecto moral que se había propuesto causar, no dió tiempo á que la tropa volviese de su sorpresa, ni mucho menos á que las divisiones que se habían alejado la víspera pudiesen llegar al lugar del conflicto. Tenía necesidad de asegurar su operación por un golpe de mano rápido que desconcertara por lo pronto la organización del Cuerpo de Ejército del Centro; que quitara de allí tan molesto vecino, y poder terminar después la conquista de Puebla, que no podía hacerse esperar, pues se sabía en el campo francés que se habían agotado los víveres y las municiones.

Era forzoso posesionarse de San Lorenzo en una hora, ó retirarse si se dificultaba el ataque. Así fué que después de media hora de un fuerte cañoneo, tres columnas, llevando á su frente gran número de tiradores, se lanzaron á la carrera sobre San Lorenzo, cuya subida es muy suave del lado del ataque.

Otra columna de infantería y caballería avanzó por nuestra derecha dando un rodeo, con objeto de caer á la fábrica del Valor, sitio del Cuartel General, y cortar la retirada á la segunda división. Por fortuna se encontró que por aquel lado eran muy escarpados los bordes del río, y tuvo que hacer alto, formándose en batalla y

destacando algunos tiradores que hicieran fuego sobre el Valor, los que causaron bastante daño. Si aquella tropa hubiese llevado artillería, habría podido incendiar el parque y hacer casi imposible la retirada.

El General Echegaray había podido ordenar algo la primera división, que recibió al enemigo con un nutrido fuego de fusilería, casi á quema ropa, que hubo de conmoverlo; mas los cuerpos que formaban la derecha, viendo que la columna que se dirigía al Valor amagaba envolverlos, comenzaron á desbandarse, é introdujeron el desorden en la división.

El General Frías había recibido orden de auxiliar á la primera división, y se puso en marcha con la de su mando, formada en columna cerrada; pero al llegar al vado, una muchedumbre se precipitaba por la barranca que á él conduce, de San Lorenzo.

Los habitantes del pueblo, las mujeres, los marmitones, y al fin, los soldados en plena dispersión, bajaban revueltos con zuavos y argelinos, dándose tiros, bayonetazos y cuchilladas, y lanzando al aire mil gritos espantosos.

Tal fué el feroz espectáculo que se presentó á la vista de la segunda división.

El enemigo perseguía con un furor salvaje, sin detenerse en hacer prisioneros, matando sin piedad á cuantos alcanzaba. Los argelinos se distinguieron por su barbarie, tirando hasta sobre las mujeres.

El General en Jefe y el Comandante General de Artillería, que subían en estos momentos á la posición de la primera división, fueron arrollados por aquel torrente, que los obligó á repasar el río.

Por fortuna los perseguidores, al encontrar formada á la segunda división, se replegaron á San Lorenzo. Merced á esta circunstancia, pudieron salvarse los restos de la primera división, que pudieron incorporarse.

El General Echegaray, que llegó de los últimos, llevaba una pierna lastimada.

En San Lorenzo se habían batido con brío las tropas que quedaron cortadas.

Allí murieron rodeados de sus soldados el C. Miguel López, Coronel de la Guardia Nacional de México, el joven Comandante del Batallón de Zapadores Rivero, y otros Jefes y Oficiales.

La carnicería fué horrible, pues según la opinión de mi buen amigo el Médico Cirujano C. José María Solís, que cayó prisionero en el corto tramo de San Lorenzo al vado, se podían contar más de quinientos cadáveres.

La mayor parte de los Oficiales de artillería fueron tomados prisioneros en sus puestos, entre ellos el Jefe de División C. Juan E. Guerra y el Teniente Coronel de infantería Capitán C. José G. Ceballos.

Los rifleros que mandaba Quiroga se retiraron por el camino de Ocotlán.

A la vez que pasaban estos sucesos en la orilla del río Atoyac, el campamento que había dejado la segunda división ofrecía un cuadro de desolación espantoso.

Una multitud de mujeres, esa calamidad que acompaña á nuestro ejército, se ponían en fuga, dando alaridos que aumentaban cada vez que estallaba cerca un proyectil, y se dispersaban por los campos, llevando la consternación á todas partes.

Algunos centenares de mulas pertenecientes al convoy, se habían esparcido azoradas, en todas direcciones, persiguiéndolas los mayordomos, los carreteros, y los armeros, con lazos y gritería, con el buen propósito de pillarlas para guarnecerlas ó aparejarlas.

Pero aquello era una empresa de titanes, que tenían que comenzar de nuevo cada vez que una granada reventaba cerca de aquellos asustados animales, que temblaban con los gritos y la excitación de los hombres que los manejaban, y escapaban con cuanto podían.

La confusión hubiera llegado á su colmo y nuestra derrota fuera completa, si los franceses que fueron al ataque del Valor, llevaran consigo artillería; porque tomando nuestro campo por la espalda, y batiendo el parque, que tan cerca tenían, su inevitable incendio habría sido la ruina completa del Cuerpo de Ejército.